

SANTIAGO.—El capote.

SARGENTO.—¿Se ha vuelto usted a enfriar?

SANTIAGO.—Por lo visto.

(El Sargento se aleja por el foro.)

ISABEL.—*(Volviéndose en la puerta y suplicándole.)*—¡Santiago!

SANTIAGO.—*(Saludando militarmente.)*—¡Señora!

ISABEL.—*(Rabiosa.)*—¡Buenas noches!

(Mutis.)

SANTIGO.—*(Indiferente.)*—Buenas noches.

(El Sargento le ayuda a ponerse el capote. Santiago se sube el cuello y se arrebujá bien.)

SARGENTO.—*(Indignado.)*—¿Quiere usted una manta además?

SANTIAGO.—¡No!

(Secamente.)

¡Vete!

(Sargento mutis lento, rabioso; Santiago pasea.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un saloncito, profusamente iluminado, que se supone al lado del salón grande, en donde se celebra el baile. Es de noche. Las señoras, escotadas. Los hombres, de uniforme o de frac.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA y JULIA, *sentadas.*

CONDESA.—¿También tú escapas del bullicio enorme del salón?

JULIA.—También. Llevamos dos horas bailando sin parar.

CONDESA.—Hay más hombres que mujeres, y de uno en otro no nos dejan un minuto.

JULIA.—Ya nos dejarán...

CONDESA.—Seguramente. ¿Has hecho conquista?

JULIA.—Dos.

CONDESA.—Es bastante.

JULIA.—¿Y tú?

CONDESA.—Uno.

JULIA.—Me parece demasiado.

CONDESA.—Quizás.

JULIA.—No podrán quejarse de la dueña de la casa.

CONDESA.—No. Ha dado una comida espléndida, con los vinos más delicados, y siempre tuvieron las copas llenas.

JULIA.—Y vacías. El champagne, especialmente, lo sirvieron sin tasa.

CONDESA.—Y en la manera de adorarnos esos caballeros se les nota la adoración y el champagne.

JULIA.—¿Quién diría que un vino helado pudiera producir esos ímpetus inflamables?

CONDESA.—Es un fenómeno muy conocido de combustión química, y además, el proverbio popular lo dice: «los extremos se tocan».

JULIA.—¿Sí?

CONDESA.—Sí. Durante la mitad de la comida, lo menos, he tenido que estar con los pies en el aire para no tenerlos sobre o bajo los del vecino.

JULIA.—Los extremos se tocan.

CONDESA.—No. Aquí no hacían más que buscarme.

JULIA.—Has desmentido el proverbio.

CONDESA.—¡Qué remedio! ¿Tú sabes lo que es?

JULIA.—(Interrumpiendo.)—Lo sé.

CONDESA.—¿También tú?

JULIA.—Y también ellos.

CONDESA.—¿Y la mitad del tiempo en el aire?

JULIA.—La primera mitad. Después me faltaron fuerzas físicas para continuar ese concurso de aviación.

CONDESA.—Hay momentos en que la voluntad, por firme que sea, no basta...

(Con un poquito de zumba.)

JULIA.—Eso fué lo que me pasó. Da gusto hablar contigo, porque siempre encuentras la explicación razonable de todas las cosas.

CONDESA.—No creo que haya otra.

JULIA.—Eres encantadora hasta en lo que no crees.

CONDESA.—Bondad tuya... ¡Si tuviera tanta nuestra amiga Isabel Deloria con cada uno de los que le declaran su ardiente frenesí!... Parece que el regimiento se ha puesto de acuerdo. Todos le dicen: «No sabe usted, señora, con qué entusiasmo aproveché la oportunidad de venir a su casa de usted.»

JULIA. —¿Todos?

CONDESA. —Todos. Incluso los nuestros. Como que esto ya no es regimiento: es una cooperativa.

JULIA. —¿Y ella lo cuenta?

CONDESA. —Me lo dijo por caridad. Al ver cómo revoloteaban a nuestro lado, tuvo la piadosa intención de advertirme: «Guárdate, que esos mismos acaban de jurarme eterno amor...»

JULIA. —¿Los mismos? ¡No es posible!

CONDESA. —Tú has tenido dos pies...

JULIA. —(*Interrumpiendo.*) —Y los tengo.

CONDESA. —A disposición temporal de los admiradores. Calcula tú lo que se podrá hacer con un corazón, que se lleva oculto, y con palabras, que no dejan rastro en los labios, y que siempre puede uno jurar que son las primeras que se han dicho.

JULIA. —¿Y doña Desdenes se da el lujo de irlos despreciando?

CONDESA. —No lo juraría yo. Por lo menos al Coronel tarda más tiempo del preciso...

JULIA. —Es el menos joven.

CONDESA. —Tampoco lo juraría yo. ¡Si vieras qué idea tan complicada es esa de la juven-

tud!... Hay cuarenta años que no son cuarenta, sino veinte dos veces.

JULIA. —Eso ha de ser mejor que los veinte en partida de bautismo.

CONDESA. —Mucho mejor; la misma edad y doble sabiduría.

JULIA. —La felicitaré.

CONDESA. —Es pronto.

JULIA. —Pues a él.

CONDESA. —Te lo negará. Una de las cosas que saben a los cuarenta es esa, la de negar.

JULIA. —Pues nos felicitaremos tú y yo.

CONDESA. —En eso no hay peligro.

ESCENA II

DICHAS: ISABEL y PEPITA, *por la izquierda.*

ISABEL. —¿Qué hacéis aquí?

CONDESA. —Descansando.

ISABEL. —Hoy no se da licencia. Hay que bailar y atender a esos caballeros. Que lleven un buen recuerdo.

CONDESA. —Y que no lo dejen.

ISABEL. —Tú lo sabrás. ¡Vamos, vamos!

JULIA.—Al trabajo...

(*Levantándose.*)

ISABEL.—Eso es, a la obligación. A sonreír, a escuchar mucho y a responder poco.

ESCENA III

DICHAS: SEBASTIÁN, *por la izquierda.*

SEBASTIÁN.—¡Tía, tía!

PEPITA.—No la llame usted así, hombre.

SEBASTIÁN.—¡Si lo es!

PEPITA.—Aunque lo sea. Quiere usted ser cariñoso y resulta usted desvergonzado.

ISABEL.—¿Qué te pasa?

SEBASTIÁN.—Que esos señores se intranquilizan con la ausencia de las damas y me rogaron que viniera de embajador.

CONDESA.—¡Pues trae usted una embajada!...

SEBASTIÁN.—De amabilidad. Y razón tienen para desear verlas a ustedes.

JULIA.—Y el Coronel, ¿también se impacienta?

SEBASTIÁN.—Como un cadete. Le hiciste una impresión enorme...

ISABEL.—Calla...

SEBASTIÁN.—¿Por qué? Eres muy linda. Todos reconocen la buena idea que tuvo el tío.

PEPITA.—¿Muriéndose?

SEBASTIÁN.—Antes: casándose.

PEPITA.—Fué un gran acierto de su pariente de usted. Era un matrimonio feliz.

ISABEL.—(*Secamente.*)—Muy feliz. ¿Te sería lo mismo hablar de otra cosa?

PEPITA.—Lo mismo.

SEBASTIÁN.—A la tía la entristece evocar estos recuerdos.

CONDESA.—Son horribles. Los cuatro primeros maridos que se me murieron han sido cuatro puñaladas en el corazón.

ISABEL.—Se conoce que has estado bien asistida para curar de tanto golpe...

CONDESA.—Y con el quinto vivía en una angustia perpetua; un catarro que cogiera, ya temblaba...

SEBASTIÁN.—Por los precedentes: me lo explico.

CONDESA.—Dios quiera que a la mujer de usted no le pase eso.

SEBASTIÁN.—Sobre todo si estoy en los cuatro primeros lugares de ese escalafón.

CONDESA.—¡Porque es horrible!... ¿Vamos?...

(Se coge del brazo de Sebastián y mutis por la izquierda; Julia hablando con ellos y también del brazo. Mutis.)

ESCENA IV

ISABEL y PEPITA.

PEPITA.—Nos ha dado una comida magnífica. ¡Lástima que no la hayan disfrutado todos!...

ISABEL.—¿Quedó alguno descontento?

ISABEL.—Es de suponer.

ISABEL.—¿Quién?

PEPITA.—El que está fuera.

ISABEL.—¿El oficial de vigilancia?...

PEPITA.—Ese. ¿Le conoces?

ISABEL.—No. ¿Y tú?...

PEPITA.—Tampoco...

(Riendo.)

Con franqueza: sí, le conozco.

ISABEL.—Pues con franqueza: también yo.

PEPITA.—¿Santiago Valle? El que fué tu novio.

ISABEL.—Y el que no quiso serlo tuyo.

PEPITA.—¡Mentira!

ISABEL.—No te he oído.

PEPITA.—Que estás engañada.

ISABEL.—Entonces fué que no quisiste tú.

PEPITA.—Tal vez.

ISABEL.—Y ahora ya es igual que lo pretendas o no.

PEPITA.—En mí, completamente igual. En ti, no; eres libre de aceptar a quien tú quieras.

ISABEL.—Y como a ese no le quiero... no lo acepto.

PEPITA.—Allá tú.

ESCENA V

DICHOS: PÉREZ, *por la derecha.*

PÉREZ.—Señorita...

ISABEL.—*(Contrariada.)*—¿Qué?...

PÉREZ.—¿Puedo ir a ese recado?

ISABEL.—Vaya usted.

(Mutis Pérez por la derecha.)

PEPITA.—¿Tienes recados que mandar en el campo?

ISABEL.—Sí.

PEPITA.—¿A estas horas?

ISABEL.—Sí.

PEPITA.—¿De importancia?...

ISABEL.—Sí. Y dispensa que no te lo haya consultado.

PEPITA.—¿A mí?... Tú eres muy dueña de tu casa.

ISABEL.—Gracias.

ESCENA VI

ISABEL, PEPITA y TENIENTE CORONEL, *por la izquierda.*

TENIENTE CORONEL.—¿Interrumpo?...

ISABEL.—No.

TENIENTE CORONEL.—Lo sentiría... pero no supe resistir la tentación de acercarme a grupo tan delicioso.

PEPITA.—Pues para que vea usted lo que son los grupos: este se deshace.

TENIENTE CORONEL.—¿Por mi causa?

PEPITA.—No. Voy a disponer que sirvan el café en la terraza, para permitirles a ustedes que fumen. Esta noche soy el segundo de a bordo... Hasta ahora mismo.

(Mutis por el foro.)

ESCENA VII

ISABEL y el TENIENTE CORONEL.

TENIENTE CORONEL.—¡Qué humor tan envidiable!

ISABEL.—Muchísimo. Ha trajinado todo el día para poner la casa algo presentable; ahora ya ve usted lo que ella baila y se mueve atendiéndoles, y después aún tendrá ánimos para cantar unas malagueñas y marcarse unas soleares, si se las piden.

TENIENTE CORONEL.—¡Ya lo creo! Por falta de pedir no nos quedaremos sin lograr.

ISABEL.—Y se necesita fuerza de voluntad, con el disgusto que se ha llevado esta noche...

TENIENTE CORONEL.—¿Ya se lo dieron?

ISABEL.—¿Estaba usted advertido?

TENIENTE CORONEL.—No, señora. De nada

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTERREY, N.º 1625

absolutamente. Pero yo no sé cómo se las componen estos caballeritos, que siempre van dando disgustos a las señoras... ¡Y cuidado que yo les recomiendo todo lo contrario!...

(Severo.)

¿Qué ha sido?

ISABEL.—¿De veras no lo sabe usted?... Pues Pepita Jiménez tuvo... o no tuvo, que en esto las crónicas varían bastante... con un teniente...

TENIENTE CORONEL.—¿Qué tuvo, si no es indiscreta la pregunta?

ISABEL.—Un noviazgo, hombre.

TENIENTE CORONEL.—Dispense usted... pero cuando tardan en darme las noticias, siempre las supongo mucho más favorables para ellos.

ISABEL.—Pues no. El teniente ese, hoy es capitán.

TENIENTE CORONEL.—Mejor para él.

ISABEL.—Y los amores fueron antes de casarse ella.

TENIENTE CORONEL.—Mejor para el marido.

ISABEL.—Aunque nadie lo sabe de cierto...

TENIENTE CORONEL.—Mejor para todos.

ISABEL.—Pero el caso es que por tener o no

haber tenido, él guarda un odio implacable, y se dió el tono ahora de no entrar en mi casa; sólo porque estaba en ella Pepita Jiménez.

TENIENTE CORONEL.—Pues entrará.

ISABEL.—No, no; se lo suplico. El miedo de Pepita es que esta noche nos agite le fiesta.

TENIENTE CORONEL.—Pues no entrará. Y como lo intente, se acuerda de mí. ¿Quién es?

ISABEL.—El oficial de vigilancia.

TENIENTE CORONEL.—¿Santiago Valle?

ISABEL.—Me parece.

TENIENTE CORONEL.—Confíe usted en mí.

ISABEL.—Yo no; Pepita.

TENIENTE CORONEL.—Las dos. ¡Si con tanta facilidad pudiera usted, Isabel, libertarme a mí de la enorme preocupación que tengo!...

ISABEL.—¿Por la partida?

TENIENTE CORONEL.—No, por la entera. Es preocupación de afectos, de simpatías; ¡tal vez de más aún!

ISABEL.—¿Una mujer?

TENIENTE CORONEL.—Una, sí, señora. Ya ve usted que no soy exagerado.

ISABEL.—No...

TENIENTE CORONEL.—Pero vale por todas las del mundo reunido...

ISABEL.—¡Mucho valer es! Pasaríamos horas y horas discutiendo, sin llegar a ponernos de acuerdo.

TENIENTE CORONEL.—Inmediatamente. ¿Digo el nombre?

ISABEL.—¡No! Si dice usted el de otra, estoy muy dispuesta a creer que vale más que yo, pero más que todas no. Y si dice usted el mío le guardaré a usted rencor, por atribuirme a mí sola más vanidad que a todas juntas.

TENIENTE CORONEL.—No es eso.

ISABEL.—Entonces dejémoslo.

TENIENTE CORONEL.—¿No quiere usted seguir?

ISABEL.—Por no poder acabar. Cuando yo permita que inicien una conversación de afectos, será para llevarla hasta el final.

TENIENTE CORONEL.—¿Y yo podré algún día?...

ISABEL.—¿Quién sabe?...

TENIENTE CORONEL.—¿Es una esperanza?...

ISABEL.—¿Por qué no ha de serlo?... En el terreno de los cariños, todo lo que no sea rechazar es admitir.

TENIENTE CORONEL.—¡Isabel!

ISABEL.—Pero conste que una esperanza no es una promesa, ¿eh?

TENIENTE CORONEL.—¡Claro!

ISABEL.—Con su permiso...

(Marcha por la derecha.)

TENIENTE CORONEL.—*(Alzando los brazos entusiasmado.)*—¡Isabel! ¡Isabel!...

(Accionando muy satisfecho.)

¡No es una promesa, pero es una esperanza... y menos da una piedra!

ESCENA VIII

TENIENTE CORONEL y JULIA, *por la izquierda.*

JULIA.—¿Está usted haciendo gimnasia, mi Coronel?

TENIENTE CORONEL.—No. Es la alegría que rebosa por el cuerpo.

JULIA.—¿Tan buenas noticias tiene usted?

TENIENTE CORONEL.—Regulares.

JULIA.—¿De la guerra?

TENIENTE CORONEL.—No. De amores.

JULIA.—Cuidado...

TENIENTE CORONEL.—No hay peligro. A mí no me engaña una mujer.

JULIA.—¿Pues quién le engaña a usted?

TENIENTE CORONEL.—Todas.

JULIA.—Eso es ponerse en razón.

TENIENTE CORONEL.—Y de muchas no tengo más queja que la de no estar en condiciones para ser engañado. Por ejemplo, con usted.

JULIA.—¿Y esa otra? ¿La que trajo la alegría?...

TENIENTE CORONEL.—No sólo de esperanzas vive el hombre.

JULIA.—Pues yo no doy ni esas.

TENIENTE CORONEL.—Oiga usted, Julia: de primera intención, ¿por qué dicen ustedes siempre que no?... Parece una contraseña.

JULIA.—Y gracias que lo digamos: no todas las preguntas merecen una respuesta.

TENIENTE CORONEL.—¿Usted tiene novio?

JULIA.—Otra preguntita suave...

TENIENTE CORONEL.—¿La verdad?

JULIA.—¿Es para formar el padrón?

TENIENTE CORONEL.—Si lo hay, me inscribo.

JULIA.—No, señor.

TENIENTE CORONEL.—¿Ninguno?... ¿Y aquel Ricardito?...

JULIA.—Haga usted el favor de no darme bromas con ese.

TENIENTE CORONEL.—¿Han terminado ustedes?

JULIA.—Sí.

TENIENTE CORONEL.—¿Por...?

JULIA.—Porque era muy pequeñito.

TENIENTE CORONEL.—Han tenido ustedes amores de dos años. ¿No eran pequeños entonces?

JULIA.—Igual, pero pensé que crecería... Déjese usted de curiosidades, y vamos al salón, que estarán aguardando por nosotros. ¿Ya no se acordaba usted de que me pidió estos rigodones?

TENIENTE CORONEL.—¡Sí, sí!... ¿Cómo olvidarlo?

JULIA.—Como se olvidan muchas cosas: no volviendo a pensar en ellas.

TENIENTE CORONEL.—¡Sería un crimen!

JULIA.—Pues criminal además. Ande, vamos...

(Mutis del brazo, por la izquierda.)

ESCENA IX

PÉREZ, trayendo de la mano al SARGENTO, por la derecha.

PÉREZ.—Entre usted, hombre; entre sin cuidado.

SARGENTO.—(*Espantado.*)—¿Pero qué demonios vengo yo a hacer aquí?

PÉREZ.—Ya se lo he dicho. La señorita quiere hablar con usted.

SARGENTO.—¿Y no sería mucho más natural que ella fuese a verme a mi casa, vamos, al campo, porque ahora vivo al aire libre? Yo no sé lo que va a decirme...

PÉREZ.—Ni yo.

SARGENTO.—Pero le advierto a usted que en el campo le hubiera contestado muchas más cosas. Con tanta claridad no luzco yo del todo.

PÉREZ.—Me parece que habla usted de más.

SARGENTO.—Como en filas hablo de menos, en sociedad me desquito... ¡Ah! Oiga usted, Pérez, ¿hacia dónde cae aquí la cocina?

PÉREZ.—¿Para qué?

SARGENTO.—Para saber hacia dónde habrá caído ese cabo García... ¡Ese cabo García, que es mi condenación!... ¿Creerá usted que le di permiso a las ocho y media y no ha vuelto?...

PÉREZ.—¡Si lleva permiso!...

SARGENTO.—¿Y el avisarme? ¡Quedó en eso Pérez! Ahí está la cuestión...

PÉREZ.—Bueno, bueno. Aguarde usted aquí. Yo voy a prevenir a la señorita.

SARGENTO.—Mande usted a un criado, hombre.

PÉREZ.—¿A uno?

(*Hablando consigo mismo.*)

Pérez, anda con el recado.

(*Mutis por el foro.*)

SARGENTO.—Bien: se me remató la tertulia.

(*Muy gozoso.*)

¿Qué será esto?... Porque casos de señoronas que se han vuelto locas por sargentos, los hay...

(*Desesperado.*)

¡Y yo que me dejé los guantes en el maletín!
¡Con lo que eso viste!

ESCENA X

SARGENTO y SEBASTIÁN, *por la izquierda.*

SEBASTIÁN.—¡Señor oficial!...

SARGENTO.—(*Inmóvil.*)—Este no ve tres a caballo.

SEBASTIÁN.—Señor teniente...

SARGENTO.—Teniente, eso es. Como valga la

palabra de éste, menuda paga voy a cobrar yo a fin de mes.

SEBASTIÁN.—Tengo el honor de hablar a...

SARGENTO.—(*A media voz.*)—¡Centinela! ¡Apunten! ¡Fuego!

SEBASTIÁN.—(*Acercándose.*)—Sargento, ¿usted aquí?

SARGENTO.—(*Misterioso.*)—Es un compromiso... Me llamó una señora.

SEBASTIÁN.—¿Al salón?

SARGENTO.—Eso me desengaña una miaja.

SEBASTIÁN.—¿Quién ha sido?

SARGENTO.—La doña Isabelita.

SEBASTIÁN.—Es tía mía.

SARGENTO.—No hay inconveniente.

SEBASTIÁN.—Será alguna pregunta.

SARGENTO.—Y lo mío será una respuesta. Acertó usted ya casi toda la conversación.

SEBASTIÁN.—Sabe usted, Sargento, que tengo una idea...

SARGENTO.—No gaste usted bromas. ¡De la segunda le fusilan a usted!

SEBASTIÁN.—Aquello me causó un disgusto muy grande. Ya he pedido perdón a todos los oficiales una vez y dos y cincuenta. No paro de pedirles perdón; no paro, Sargento... Y ahora

pensaba acompañarles a ustedes a Pamplona para obsequiar allí a los soldados a quienes di el susto del tiro.

SARGENTO.—Eso lo hace usted aquí mismo; y en pasta, en pesetas...

SEBASTIÁN.—¿Cuántas cree usted?...

SARGENTO.—No sé... pero añada usted algunas, para no quedarse corto.

SEBASTIÁN.—¿Doscientas?

SARGENTO.—¡Ya hay para una buena paella!

SEBASTIÁN.—Hágame usted el favor, en mi nombre...

SARGENTO.—Sí. Pero antes pida permiso al señor Teniente Coronel.

SEBASTIÁN.—Espéreme. Voy a traérselas.

(*Mutis por la derecha.*)

SARGENTO.—Es un pipiolo, pero tiene arranques de persona mayor. Hay que estimarle.

ESCENA XI

SARGENTO e ISABEL, *por la izquierda.*

ISABEL.—Buenas noches, Sargento.

(*Dándole la mano*)

SARGENTO.—(*Rehusando la suya.*)—Me los he dejado en el maletín...

ISABEL.—¿Eh?

SARGENTO.—Mis guantes. Recién lavados.

ISABEL.—(*Quitándose el suyo.*)—No importa.

SARGENTO.—Si lo sé me dejo más prendas.

ISABEL.—(*Muy afectuosa.*)—Y dispense usted la molestia.

SARGENTO.—¡Quite usted de ahí, señora! Por ver lo que veo y por pensar lo que no veo, todo está pagado.

ISABEL.—¿Supongo que el servicio no padecerá por esta ausencia de usted?

SARGENTO.—Padezco yo nada más, y muy a gusto.

ISABEL.—Gracias. Quería pedirle a usted un favor.

SARGENTO.—¿Uno?... Hágame usted el obsequio de pedir una docena, para que se entere usted de lo que es un sargento con una señora. Entendámonos, ¿eh? Un sargento como yo: no otro cualquiera, porque los hay que en seguida empiezan con exigencias. Al primero de la segunda, a González, le pasó un caso...

ISABEL.—(*Sonriendo amable.*)—¿Me permite usted que le diga lo que yo deseo?

SARGENTO.—Haga usted cuenta que González se murió... Adelante.

ISABEL.—Bien. El capitán Valle... ¿creo que se llama Valle?...

SARGENTO.—Créalo usted.

ISABEL.—Le ha dicho a una amiga que la quiere. Y lo que yo deseo, lo que desea mi amiga es averiguar si eso es verdad.

SARGENTO.—Mal asunto.

ISABEL.—Y que usted, aprovechando las horas de la noche, en que la noche sola hace hablar de tantos secretos y confiarle al aire y al silencio tantos afanes ocultos, le llevase la conversación por ese lado.

SARGENTO.—¿Y luego repetirlo?... Si lo huele me brea.

ISABEL.—No le pregunte usted nada. Cuénte-le usted amores... de usted mismo, y en cuanto comience a franquearse, déjele usted hablar, sin interrumpirle...

SARGENTO.—¿Y es de precisión que diga nombres?

ISABEL.—No, no.

SARGENTO.—Mejor. Entonces voy a ver si le enzarzo yo en pláticas con la noche y conmigo.

ISABEL.—(*Dándole la mano otra vez.*)—Hasta luego, ¿eh?

SARGENTO.—Diga usted, señora, y perdone la curiosidad que anda revolviéndome toda la sangre. ¿Ustedes no tienen frío con estos vestidos sin tela?...

ISABEL.—No; la costumbre de llevarlos.

SARGENTO.—Pero también hace falta costumbre de verlos... y no teniéndola, le digo a usted que los pobres sargentos...

ISABEL.—(*Riendo.*)—Váyase, váyase.

SARGENTO.—¡A la orden, paisana!...

(*Mutis por la derecha.*)

ESCENA XII

ISABEL y MATÍAS, *por la izquierda.*

MATÍAS.—(*Aguardándola a izquierda.*)—¿No le causará a usted mucho enojo oirme un momento?

ISABEL.—Ninguno.

(*Pausa.*)

Hable usted.

MATÍAS.—Es tan difícil empezar cuando uno tiene miedo a lo que piensa y más miedo a las palabras con que ha de exponer sus pensamientos...

ISABEL.—¿Son muy complicados?

MATÍAS.—No...

ISABEL.—Entonces...

MATÍAS.—Debiera ser muy sencillo, ¿verdad? Y no lo es... ¡Parece increíble!... Que cueste tanta fatiga decir en serio lo que se ha dicho en broma mil veces.

ISABEL.—Dígalo usted en broma. Eso le facilita a usted el preguntar... y quizás a mí el responder...

MATÍAS.—No es buen camino para mi afán.

ISABEL.—Pues elija usted otro.

MATÍAS.—No lo encuentro. Aseguran que es usted de hielo.

ISABEL.—Lo seré; pero usted queda autorizado para averiguar con qué motivos lo aseguran.

MATÍAS.—Porque rechaza usted a todos.

ISABEL.—Eso no es hielo en mí: es poco fuego en ellos o poca habilidad para hacerlo prender.

MATÍAS.—Y como es natural que usted sea indiferente con todos los hombres...

ISABEL.—Aunque no han venido todos.

MATÍAS.—Pero muchos, sí.

ISABEL.—Tampoco. Vinieron algunos pidiendo limosna de amor, con el mismo tono quejumbroso y estudiado de los que piden limosna en la calle para unir un céntimo más a los que antes consiguieron; pero sin importarles que fuera mi mano o la ajena quien lo echara en la suya. Vinieron otros, propicios a la adoración, porque al verme sola me creyeron fácil...

MATÍAS.—¡Eso es injusto!...

ISABEL.—De su parte, sí. Y otros han venido porque la vida les fatigó y juzgaron buen puerto de refugio mi casa y mi fortuna... ¡Pero aún no ha venido el que trajera ilusión de hombre y buscara con ansia mercedes de mujer!...

MATÍAS.—Yo.

ISABEL.—Usted, no.

MATÍAS.—¡Isabel!

ISABEL.—Usted se engaña en sus afectos. De buena fe, con lealtad y honradamente, pero usted se engaña y no me quiere.

MATÍAS.—¡Si!

ISABEL.—No. Queriéndome de veras, sabría usted que no hay razón, ni de tiempo siquiera, para que yo pueda corresponderle, y las pala-

bras de usted no vendrían más veloces que la misma voluntad.

MATÍAS.—¡Se complace usted en seguir siendo Doña Desdenes!...

ISABEL.—En serlo, no; en oírlo, sí. Es la primera prueba de cariño que usted ofrece, y suena tanto a despecho y a rencor, que bien estaría lo mío sonando a desdén.

MATÍAS.—(*Friamente.*)—Perdone usted, señora.

ISABEL.—No hay de qué. Cuando una mujer tiene la desgracia de estar sola, ya sabe que es desdicha obligada la de ofender a quien no adora.

(*Pausa: viendo que no responde.*)

¿Quedamos de enemigos?

MATÍAS.—(*Frío, pero cortés.*)—No, no. De admirador siempre.

ISABEL.—Puede que sea lo mismo.

MATÍAS.—De usted depende.

ISABEL.—No... y perdón.

MATÍAS.—Usted es la que tiene que perdonar.

(*Reverencia y mutis por la izquierda.*)

ISABEL.—Uno más... y uno menos. ¿Doña

BIBLIOTECA ALFONSO X
UNIVERSITARIA